



Un año después del golpe, la Junta sigue manteniendo el estado de sitio en el país. En la foto, varios miembros de la misma: de izquierda a derecha, el almirante Merino y los generales Pinochet, Leigh y Mendoza, asisten a una Misa al aire libre oficiada por el cardenal Silva Henríquez en el patio de la Escuela Militar de Santiago para conmemorar el aniversario del derrocamiento del gobierno, legalmente constituido, de la Unidad Popular.

CHILE DESDE AMERICA

HACE un año, las calles de Bogotá, Caracas, México... se llenaron de millares de personas solidarizadas con Salvador Allende. Yo vi en San Juan de Puerto Rico quemar una bandera norteamericana. Y en Caracas, a dos pasos de la casa de Simón Bolívar, escuché a los representantes de varios partidos dirigiéndose a una multitud desolada y expectante. Y aún alcancé, en el auditorio de Chapultepec, de México, a oír la palabra desgarradora del ex embajador de Chile, tras la lectura de algunas significativas cartas fechadas en Nueva York. Fui testigo de la amargura de cuantos creyeron en la «vía electoral del socialismo» y de la reaparición de quienes defendían la violencia y la guerrilla. En última instancia, fui testigo del nacimiento de un sentimiento de impotencia, de una interrogación escéptica sobre los caminos concretos —dejemos a un lado los discursos políticos— para acabar con la miseria, con la profunda discriminación económica e intelectual que sufren los hombres de América Latina.

De esto —¿cómo no recordar a los aterrados trófugas del estadio llegados a Maiquetía en aviones venezolanos?— hace un año...

• • •

Ahora, llevado por menesteres teatrales, he vuelto a encontrarme en los mismos lugares. Y he visto otra vez las manifestaciones callejeras, menos tumultuosas, más ordenadas, también más tristes. El día 11, sobre las cuatro de la tarde, avanzaba la manifestación por la vía principal de Bogotá. Docenas de banderas y pancartas. Policías, con casco y escudo, protegiendo las puertas y cristales de los Bancos. Los muchachos repetían a coro unas frases aprendidas de memoria o escritas en un papel, cuyo corazón era:

**Chile lo demuestra:
el poder es el fusil.**

Mientras alzaban los brazos, gente humilde entre mirones humildes, como si esperaran el milagro

del brazo armado, justiciero y vencedor.

• • •

A la misma hora, según leímos en la prensa del día siguiente, se celebraba en Santiago de Chile la fiesta del aniversario. Allí donde la mano de la Junta Militar había podido imponer el tono a la información, se decía que «setecientas cincuenta mil personas juraron ante Pinochet defender a Chile hasta la muerte». Lo que no era obstáculo para que, un año después del golpe, se levantara el estado de guerra, manteniendo el estado de sitio. ¿Cómo explicar ese toque de queda, ese riguroso control de la vida chilena, si todo el mundo en Santiago quiere «defender a Chile»?

El general Pinochet, al menos, fue claro en un punto de su discurso: «El receso político-partidista deberá prolongarse por varios años más, y sólo podría responsablemente levantarse cuando una nueva generación de chilenos, formados en sanos hábitos cívicos y

patrióticos, e inspirada por un auténtico sentido nacional, pueda asumir la dirección de la vida pública».

Es probable que una prosa así, por la ambigüedad de los conceptos —¿qué son los «sanos hábitos cívicos y patrióticos»?—, se hubiera considerado equívoca en otras épocas. Ahora, no. La historia contemporánea ha suministrado datos más que suficientes para saber de qué se habla cuando tales palabras se pronuncian en un cuadro como el chileno. ¿Cómo entender que todos esos millares y millares de partidarios de la Junta acepten gustosos el nacimiento de esa nueva generación a la que se dé lo que a ellos se les niega?

El Congreso colombiano —haciendo honor a su nueva condición liberal— aprobaba una moción de censura al nuevo régimen chileno.

• • •

A Caracas habían llegado algunas personalidades relevantes del equipo de Allende. Iban a presidir los actos de «solidaridad con Chile» (obviamente, un Chile de chi-

lenos distintos a los que juraron a Pinochet defender a Chile hasta la muerte). También llegó, pero éste liberado graciosamente por Pinochet al gobernador de Caracas y, por tanto, acogido a un asilo que le privaba de toda actividad política, un ministro del gobierno de la Unidad Popular. Cada partido venezolano había organizado su programa particular, sin que faltara el gran acto conjunto. Del día 8 de septiembre era la información que, lechada en Washington, literalmente decía: «El jefe de la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos reconoció que se autorizó el uso de millones de dólares para actividades clandestinas contra el gobierno del difunto Presidente de Chile, Salvador Allende, se informó hoy. El director de la CIA, William Colby, declaró a congresistas que el objetivo fue desequilibrar el régimen izquierdista del Presidente Allende».

Interesa añadir que, según el informe de Colby, tres millones de dólares habían sido destinados a apoyar la campaña electoral de Eduardo Frei, en 1964. Lo que revela una sostenida intervención de los Estados Unidos en la vida política chilena. ¿Pero no es esto lógico? Basta conocer las decisiones tomadas por la Unidad Popular y por la Junta Militar en torno a una serie de empresas norteamericanas para entender —al margen de la lucha estrictamente diplomática por incorporar un país a la zona de influencia— este informe, quizá nacido del golpe de pecho que se llama «Watergate».

La cita de los partidos del centro y de la izquierda —pues también participó Acción Democrática, actualmente en el poder— se celebró en la Casa Sindical de Caracas. Estaban en la mesa presidencial las figuras fundamentales de cada partido. Estaba el secretario general del Partido Socialista chileno. Estaba también Beatriz Allende, la hija del Presidente. Y representantes de la vida intelectual, como el novelista Miguel Otero Silva.

Se pronunciaron los discursos de rigor. Se leyeron mensajes de numerosas asociaciones y organismos internacionales. También un mensaje de Luis Echeverría, el Presidente de la República de México. Cantó Soledad Bravo, venezolana, nacida en Logroño e hija de exiliados, y el grupo chileno Quillipayún. Beatriz Allende agradeció la solidaridad con las clases populares chilenas. Miguel Otero Silva,

el autor de «Fiebre» y de «Cuando quiero llorar no lloro», pronunció la oración final.

En el Aula Magna de la Universidad Central hubo otro acto, más fogoso, lógicamente, que el de la Casa Sindical. El Concejo Municipal de Caracas dio el nombre de Salvador Allende a una importante avenida que va desde la plaza Venezuela a la Universidad...

Por su parte, la extrema derecha contraatacó tibiamente. En un programa de televisión se dijo que el origen de Pinochet estaba en los desastres de la etapa allendista, convirtiendo así —salvando el escrúpulo democrático— la conmemoración del golpe en una suma de imágenes «negras» de los tiempos de la Unidad Popular. La Embajada de la Junta Militar incluyó en los periódicos, recuadrado y pagado como anuncio, un mensaje en el que se rechazaba la maniobra propagandística del comunismo internacional y se asignaba a Chile un luminoso papel de sacrificio y guía del futuro.

Sentados en torno a una mesa —no sé si era en México, en Caracas, en Bogotá o en otra ciudad de Centroamérica—, alguien leía la declaración de Hortensia Allende, la viuda del Presidente, a «Le Monde»: «El bloqueo económico de los Estados Unidos contra Chile desempeñó, sin duda, un papel considerable. Era un bloqueo invisible. También hubo sabotaje económico, organizado y llevado a cabo por la burguesía chilena. Hubo la extraordinaria campaña de intoxicación psicológica por parte de la reacción chilena. Pero también existió, hay que reconocerlo, una responsabilidad nuestra, que consiste en que nunca pudimos poner realmente en práctica una política verdaderamente unitaria. La falta de unidad resultó fatal para nosotros».

Algunos dicen en la reunión que los partidos chilenos en el exilio no siempre se entienden, que se echan culpas unos a otros, que la misma viuda de Allende ha tenido problemas con los grupos radicales de América Latina. Es el punto quizá más amargo de esta celebración. Yo mismo lo he visto en una sala universitaria de Bogotá. Se habían recitado unos poemas de Neruda. Se había recordado a Salvador Allende. Y una minoría, pronto acallada y expulsada de la sala, había gritado: Viva la Revolución, abajo la Unidad Popular. El tema de la lección estaba encima de la mesa... ■ JOSE MONLEON.

